El Aprendizaje Cooperativo:

Otro Instrumento para la Catequesis

Javier Díaz T.

**¿Por qué trabajar con otros?**

En la educación de la fe, el trabajo grupal tiene un lugar privilegiado. Sin desconocer que cada individuo está llamado, desde su singularidad, a la intimidad y comunión con el Señor, este proceso no está en contradicción con métodos de trabajo grupal; incluso, podríamos decir, lo exige.

Efectivamente, como afirma el Directorio General para la Catequesis, el trabajo grupal "*tiene una función importante en los procesos de desarrollo de la persona. Esto vale también para la catequesis, en la de los pequeños porque favorece una buena socialización; en la de los jóvenes para quienes el grupo es casi una necesidad vital en la formación de su personalidad; y en la de los adultos porque promueve un estilo de diálogo, de cooperación y de corresponsabilidad cristiana*" (DGC 159).

Por otro lado, el contexto social actual enfatiza cada vez menos la actuación individualista, mientras propone la actitud colaboradora. Dada la impresionante cantidad de nuevos conocimientos que se han generado con las investigaciones en todas las áreas, que han llevado a que nadie sepa todo en un área específica, esta misma dinámica ha impulsado una visión más global de los problemas que ha invitado y urgido al trabajo interdisciplinario, a la colaboración grupal y a la coordinación de esfuerzos conjuntos en pro de objetivos compartidos.

Por ello, resulta útil que cualquier educador de la fe conozca y aplique algunos aspectos básicos de un método que busca suscitar pedagógicamente la colaboración mutua y que se utiliza en distintos colegios. Nos referimos al aprendizaje cooperativo.

Esto puede ser una noticia particularmente positiva para muchos profesores de Religión que tienen que enfrentar día a día cursos de 45 alumnos, donde muchas veces el proceso de enseñanza-aprendizaje se hace extremadamente difícil. Aquí encontrarán algunas pistas útiles para su realidad.

Creemos que un catequista puede hacer suya la frase de Pablo de probar todo y quedarse con lo bueno, en tanto se guíe por el criterio de respetar los principios metodológicos que tiene la pedagogía de la fe. Y al respecto, recordemos que un aspecto original de este proceso es que no hay que confundir la acción salvífica de Dios con la acción pedagógica del hombre que, aunque no necesariamente se contraponen, tampoco se identifican (cf. DGC 144).

**Diferentes métodos, diferentes resultados**

Si pudiésemos clasificar los tipos de situaciones de aprendizaje que se dan en un encuentro educativo, a grandes rasgos podríamos citar los siguientes:

* la competencia: se da cuando los catequizandos trabajan unos contra otros, siguiendo una no planificada *ley de la selva*, donde la consigna es: "Si tú ganas, yo pierdo". Incentivamos esta corriente cuando decimos cosas como: "¡Quien primero haga tal cosa (dibujar, escribir un texto bíblico, aprender una oración, etc.) gana !".
* el individualismo: se da cuando los catequizandos trabajan cada uno sin relación a los otros, en forma aislada, siguiendo una no planificada *ley del hielo*, donde la consigna es: "Si ganas o pierdes, no me importa". Incentivamos esta postura cuando decimos cosas como: "¡Cada uno de ustedes haga tal cosa (escriba, lea, pinte, piense, etc.), pero sin molestar ni preocuparse de los demás!".
* la cooperación: se da cuando los catequizandos trabajan unos con otros para lograr metas comunes, siguiendo una planificada *ley de la comunión*, donde la consigna es: "O todos salimos adelante, o todos caemos". Incentivamos esta postura cuando decimos: "¡Hagan tal cosa (dibujar, escribir, aprender una oración, etc.) y verifiquen que todos lo logren!".

No decimos con esta breve presentación que se deben erradicar entre nuestros métodos los dos primeros, que en ocasiones serán apropiados. Más bien queremos indicar que en el aprendizaje cooperativo se encuentran potencialidades desconocidas por muchos educadores de la fe, aparte que el acento de este método está en los procesos de aprendizaje de los catequizandos, más que en la forma de enseñanza del catequista.

**Sus componentes básicos**

La experiencia nos ha mostrado que no basta que tomemos unas sillas, las pongamos en círculo, y que a las personas (niños, jóvenes o adultos) les pidamos ciertas interacciones para que realmente digamos que "trabajan", como mucho menos estaríamos en condiciones de afirmar que se ha producido efectivamente un aprendizaje. Parece que se necesitan ciertas condiciones para que ello ocurra.

¿Quién no recuerda aquellos trabajos grupales donde unos pocos trabajamos, mientras otro integrante no hacía nada significativo, pero que sí se apuró en colocar su nombre en el informe? ¿O aquellos trabajos donde todos efectivamente trabajamos, pero en forma aislada, dividiéndonos la tarea en tantas partes como integrantes éramos? El informe grupal fue la combinación de simples esfuerzos individuales.

Evitando estas situaciones anómalas, es necesario entonces conocer los componentes esenciales del aprendizaje cooperativo. Estos son:

* una interdependencia positiva bien definida,
* una intensa interacción fomentadora,
* responsabilidades personales definidas,
* uso de habilidades interpersonales, y
* un procesamiento del grupo sobre su funcionamiento.

**Interdependencia Positiva**

 En una situación de aprendizaje cooperativo, los catequizandos tienen dos tareas:

1. Aprender el material asignado y
2. Verificar que todos los integrantes del grupo lo aprendan

Esta responsabilidad que tienen todos con todos se llama *interdependencia positiva*. Mediante ella, cada catequizando percibe que está vinculado con los demás de tal modo que no podrá lograr su meta a menos que todos la logren, lo que lo invita a coordinar sus esfuerzos con sus pares.

Existen diversos tipos de interdependencia positiva:

De metas: Se busca esta interdependencia cuando el catequista indica un objetivo que primero tiene que ser alcanzado por todos para que después a cada uno se le considere que lo alcanzó. Por ejemplo, "memorizar el Credo y comprobar que todos lo aprendieron". Para que la interdependencia cumpla su utilidad, siempre debe evaluarse la meta grupal.

De premios: Se busca esta interdependencia cuando el catequista da a cada integrante del grupo un premio (el mismo para todos) cuando todos los integrantes alcanzan el objetivo grupal. Por ejemplo, "si terminan el collage antes de tal hora, recibirán (un librito, una anotación positiva, una figura, etc.).

De funciones: Se busca esta interdependencia cuando el catequista asigna a cada integrante del grupo una función para que se coordinen todos en una tarea común. Por ejemplo, cuando se asignan diversos papeles de actuación, más roles de iluminación, sonido y escenografía para armar la dramatización de una parábola.

De recursos: Se busca esta interdependencia cuando el catequista asigna a cada integrante con sólo una parte de los materiales necesarios para realizar una tarea. Por ejemplo, a cada integrante se le entregan diarios o revistas, plumones, tijeras, pegamento, etc., con el fin de sintetizar cierto tema mediante un cartel.

De tareas: Se busca esta interdependencia cuando el catequista asigna una tarea que debe ser realizada mediante pasos secuenciales, cada uno de los cuales está bajo la responsabilidad de un integrante del grupo. Por ejemplo, cuando el catequista invita a responder un cuestionario en voz alta y en cierto orden.

 En la aplicación de una interdependencia es necesario que esté bien estructurada, de otro modo no será útil. ¿Y qué entendemos por una interdependencia positiva bien estructurada? Que al menos esté definida claramente en la planificación del catequista, que sea explicada detenidamente a los catequizandos y que sea evaluada cuidadosamente.

**Interacción fomentadora**

La interdependencia positiva, en cualquiera de sus versiones, motiva a los estudiantes a que se favorezcan el éxito mutuo. Esa es la interacción fomentadora, la que en vistas a objetivos comunes permite a los miembros de un grupo estimular y facilitar los esfuerzos de los demás, brindándose ayuda, intercambiando recursos, alentándose en el esfuerzo, felicitándose al lograr los objetivos, etc.

Un aspecto importante de la relación fomentadora tiene que ver con la ubicación física de las personas, mesas y sillas en el espacio. Esto es más que un asunto meramente estético, pues de esto depende en un grado no menor la calidad de la comunicación al interior del grupo. Por ejemplo, el tener a todos los grupos arrinconados en una sala, implicará que los integrantes de un mismo grupo, para escucharse, tendrán que elevar la voz más de lo que lo harían si no tuviesen otras voces cercanas de las cuales distinguirse, provocándose mucho ruido extra por cada uno de los grupos. Tener muchas sillas o mesas entre los integrantes de un mismo grupo también obstaculiza la comunicación eficaz.

San Lucas nos dejó un testimonio muy hermoso de lo que puede llegar a ser esta interacción fomentadora. Cuando comenta cómo era la vida de las Primeras comunidades cristianas, insiste en dos aspectos muy importantes, a saber: el compartir y la unidad. “*Los creyentes vivían muy unidos y compartían sus bienes entre sí*...” (Hechos 2,44). Juntos eran “*un solo corazón y una sola alma. Ninguno decía que las cosas fueran solamente suyas, sino que eran de todos*” (Hechos 4,32). Estas comunidades son el ideal de lo que debe ser el trabajo en grupos cooperativos, que aunque no están exentos de dificultades (recuérdese el caso de Ananías y Safira), constituyen en sí mismos la mejor escuela para aprender a ser cristiano con otros y para otros.

**Responsabilidad individual**

Muchos esfuerzos grupales pierden su eficiencia, entre otras cosas, al no poder identificar los aportes de cada uno. Esto sirve no solo para identificar al que no está haciendo nada, sino también para apoyar al que necesita ayuda y no se percibe, y para eliminar esfuerzos superfluos o redundantes de otros miembros.

Por ello, el aprendizaje cooperativo, mediante el incentivo de la responsabilidad, evalúa el actuar de cada miembro del grupo, entregando los resultados al individuo y al grupo.

¿Cómo fomentarlo? Entre otras estrategias, Johnson sugiere[[1]](#footnote-1):

* Formar grupos de aprendizaje cooperativo que sean pequeños, para incentivar la responsabilidad individual (algunos autores sugieren tres a siete miembros como un buen número, favoreciendo los números impares).
* Dar un examen individual a cada estudiante.
* Hacer exámenes orales imprevistos, pidiendo a un estudiante que exponga el trabajo del grupo. Su nota, es la del grupo.

**Habilidades interpersonales**

Ningún trabajo en equipo puede ser efectivamente realizado si los miembros del grupo carecen de las habilidades sociales que les permita relacionarse sanamente con los demás al pedir, entregar, liderar, compartir, delegar, mediar, etc. Esto implica un dominio mínimo no solo de los contenidos o de lo intelectual, sino también y en el mismo grado, un dominio de la llamada *inteligencia emocional[[2]](#footnote-2)*.

La inteligencia emocional de la que habla Goleman o las inteligencias personales, tanto intrapersonales como interpersonales, según las distingue Gardner, se expresan en cinco formas:

1. Ser capaz de conocer las emociones de uno.
2. Lograr manejar las emociones que nos invaden.
3. Motivarse a sí mismo para el cumplimiento de algún objetivo.
4. Reconocer las emociones de los otros.
5. Manejar correctamente las relaciones con los demás.

Si creemos que el desarrollo de las inteligencias personales es fundamental para la vida de una persona y no queremos hacer sólo retórica sobre el tema, debemos necesariamente darle un espacio en nuestra tarea pedagógica con horas dentro del currículo, materiales didácticos, actividades educativas, evaluaciones, etc. Es aquí en donde se enmarca el uso de dinámicas de presentación, de conocimiento, de juegos recreativos, de actividades deportivas y extracurriculares que favorecen el crecimiento de estos tipos de inteligencias en los niños.

**Procesamiento por el grupo**

El quinto elemento básico del aprendizaje cooperativo es el procesamiento por el grupo donde se clarifican las estrategias de trabajo de los alumnos para mejorar la eficacia de los esfuerzos individuales con el fin de alcanzar los objetivos del grupo. Se ve con este paso que en el aprendizaje cooperativo no importa sólo el "producto" (el examen que se aprobó, la investigación que se entregó, la disertación que se presentó, etc.), sino también la gestión de dicho trabajo. El fin de este procesamiento es saber qué acciones fueron útiles para lograr el objetivo propuesto y cuáles no y, a partir de aquello, qué acciones se continuarán realizando y cuáles serán descartadas. Esta recapacitación permite que los grupos clarifiquen sus dinámicas internas y mejoren la eficacia de sus esfuerzos individuales.

*“El procesamiento del grupo se define como capacitar en una sesión en grupo para (1) describir cuáles acciones de los integrantes son útiles y cuáles no lo son, y (2) tomar decisiones acerca de las acciones que se continuarán realizando y las que se descartarán”[[3]](#footnote-3)*.

Este procesamiento puede hacerse en dos niveles: en grupo o plenario. La evaluación al interior de los grupos permite que los alumnos se concentren en mantener buenas relaciones de trabajo, facilitar la adquisición de habilidades cooperativas, recibir retroalimentación sobre su participación, permitir que los alumnos piensen sobre su propia forma de aprendizaje (la “metacognición”) para optar, tal vez, por otra estrategia. Para que esto se logre es necesario que el profesor **siempre** conceda el tiempo requerido para hacer el procesamiento, además de dar posibles pautas de evaluación grupal. Por ejemplo, "Evalúe cada uno su participación en el trabajo de 1 a 10, justificando a sus compañeros su opinión", "Proponga cada uno dos maneras de optimizar su trabajo personal", etc.

Por otro lado, es muy útil que el profesor entregue sus observaciones a cada grupo y al curso entero. Posiblemente, el profesor pudo percibir problemas comunes a todos los grupos, así como aspectos positivos que también deben ser destacados. No se puede insistir demasiado en la necesidad de que el profesor felicite a los grupos cuando el trabajo se haga en la línea de lo esperado o con el esfuerzo necesario. Si los alumnos se sienten valorados, se motivarán crecientemente a trabajar de modo cooperativo e, idealmente, de modo fraterno.

**Conclusión**

El reconocimiento del valor que hoy se da al aprendizaje cooperativo, como la forma más adecuada de lograr el cumplimiento de los objetivos en el ámbito escolar; su valorización en el mundo laboral actual que se basa fundamentalmente en el trabajo de equipos generalmente multidisciplinarios; su valoración perenne en cuanto constituye el mejor ejercicio para el desarrollo de valores humanos y de la comprensión de ser seres comunitarios, nos hacen reconocer que, hoy más que nunca, debemos procurar mejorar nuestras prácticas pedagógicas en miras a implementar de mejor manera lo que intuitivamente hacemos a la hora de trabajar en grupos.

Esta metodología está cargada de un gran potencial transformador y puede llegar a constituirse en la forma más adecuada para vencer ciertas realidades adversas tales como los cuarenta y cinco alumnos en la sala, motivo de queja para muchos profesores que trabajan en escuelas municipalizadas o colegio subvencionados.

1. Cf. JOHNSON, p. 32. [↑](#footnote-ref-1)
2. Cf. GOLEMAN, Daniel, La Inteligencia Emocional.Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 1996, pp. 301 - 330 [↑](#footnote-ref-2)
3. JOHNSON, p. 34 [↑](#footnote-ref-3)